

EVA LEVY

Socia de Eva Levy & Partners

MUJERES RURALES, MUJERES URBANAS: SOLO MUJERES

La autora no tiene dudas: las mujeres rurales están en condiciones de dar ejemplo a las urbanas en materias relacionadas con el emprendimiento y el negocio comercial. Alimentación, turismo y ocio, servicios para mayores y discapacitados, cultivos ecológicos, conservación y gestión de espacios naturales, energías renovables... Eva Levy habla en sentido positivo y resalta todas las parcelas en las que la mujer rural ha sabido sortear obstáculos y se ha convencido a ella misma de que puede conseguir una meta, “desmontando los prejuicios y las resistencias propias y ajenas”, y hasta revitalizar el mundo rural.

Soy profundamente urbana. Lo advierto porque no quisiera caer en los tópicos –algunos bienintencionados– con los que se adornan las cuestiones referidas al campo o al ámbito rural cuando se enfocan desde la ciudad. Además, hace ya años que tuve la oportunidad de entrar en contacto con asociaciones que trabajaban muy activamente con y para las mujeres del mundo rural y me curé de cualquier tentación de fantasear sobre quienes desarrollan su vida mano a mano con la naturaleza. Eso sí, desde entonces

sigo con otra atención las informaciones relacionadas con la tierra y la compleja realidad que subyace tras las decisiones –luces y sombras– de la política agraria europea, las necesidades de los países emergentes, la rápidamente olvidada crisis alimentaria de 2008 –que no me parece un incidente, sin más–, el conflicto latente del agua, el abandono de cultivos y pueblos en unos lugares mientras en otros se produce, silenciosa, la adquisición de kilómetros de tierras por gobiernos lejanos preocupados por la despensa o la energía futura de sus pueblos.

Eva Levy, expresidenta de la Federación Española de Mujeres Directivas, Ejecutivas, Profesionales y Empresarias (Fedede) y experta en Marketing y Comunicación, ha desempeñado puestos de responsabilidad en importantes compañías, además de su dedicación y compromiso personal durante veinte años con todo lo relacionado con la promoción laboral de la mujer.



Me muevo sobre asfalto, entre directivas y empresarias, entre jóvenes profesionales ambiciosas que esperan escalar posiciones en las compañías, armadas de masters y entusiasmo. Saben mucho de dificultades, de soledad, del precio de la invisibilidad y de brechas salariales. Aunque se considerarían unas privilegiadas si comparasen, por ejemplo, su invisibilidad y sus brechas salariales con las que aquejan a sus congéneres rurales, con las que, en cambio, comparten problemas de conciliación y horas de duro esfuerzo.

Pero a mí no me gustan los lamentos. Muchas soluciones están en mano de las propias mujeres –urbanas o rurales– a poco que sean conscientes de su fuerza, reflexionen y pongan en marcha estrategias inteligentes.

Pensemos en la recién estrenada Ley de Titularidad Compartida de las Explotaciones Agrarias. Es un gran paso, que permitirá “profesionalizar” el trabajo de miles de mujeres rurales, convertidas en codueñas de su “empresa”, y con el horizonte de una legítima pensión, entre otras ventajas. Pero esa ley, como otras pensadas para mejorar la situación femenina, no basta si no va acompañada de la interiorización por parte de las mujeres de lo que supone un derecho.

Tener derecho a algo no implica conseguirlo y mucho menos retenerlo. Hay que pelear contra la inercia, contra la comodidad, la apatía y la resignación. El éxito no se materializa si no se extiende la mano con firmeza para atraparlo. Eso significa establecer un plan, la estrategia de que hablaba antes y que no solemos valorar las mujeres. Y la estrategia comienza por convencernos a nosotras mismas de que podemos conseguir una meta, desmontando los prejuicios y las resistencias propias y ajenas. En cuanto a la meta, puede cambiar a lo largo de la

vida. Lo que no puede ser es que estemos dispuestas a sacrificarla a la primera de cambio, sin lucha.

Hasta ahora, el movimiento habitual de las mujeres rurales ante la hostilidad del medio ha sido la huida. Una huida legítima, ya que la posibilidad de desarrollar sus aspiraciones ha sido prácticamente nula durante décadas. También la mujer rural, como la urbana, suele tener mayor formación que la media de la población en la que se mueve. Así, es todavía más difícil aceptar expectativas cortas, sueldos sistemáticamente bajos (cuando existen) y acumulación de tareas. Sin embargo, y aunque la tendencia está muy lejos de invertirse, las nuevas tecnologías (tan retrasadas en España), otro estilo de consumo y los vientos de una globalización, que traen el intercambio de ideas y experiencias, del que sacan partido organizaciones femeninas agrarias y otras instancias, permiten suponer que van a ser las mujeres las que devuelvan la vitalidad al ámbito rural y lo reconquisten para ellas y sus hijos.

“Muchas soluciones están en mano de las propias mujeres –urbanas o rurales– a poco que sean conscientes de su fuerza, reflexionen y pongan en marcha estrategias inteligentes”

El futuro es urbano, sí, pero el mundo rural no ha dicho la última palabra. Hay mucho por hacer en cultivos o distribución. Pero el campo ya es mucho más y las mujeres están encontrando el resorte mágico de cualquier economía de éxito: aportar valor añadido. Y lo interesante es que las buenas iniciativas no están surgiendo únicamente en zonas ricas y bien comunicadas, sino en sitios que se diría alejados de la mano de Dios... si no fuera por las mujeres, que han unido fuerzas y descubierto opciones.

La imagen de la nueva mujer rural empieza a asociarse al *business* puro y duro, a nuevas fuentes o nichos de riqueza. Han puesto en marcha cooperativas o empresas relacionadas con la industria alimentaria, el turismo y el ocio, los servicios para mayores y discapacitados, líneas de producción destinadas a la cosmética, cultivos ecológicos o de gourmet... Nada les impide trabajar en la conservación y gestión de los espacios naturales, ni en la producción de biomasa o energías alternativas... Tienen futuro.

Hoy, las emprendedoras rurales nos dan ejemplo a las urbanas –entre otras muchas cosas buenas– de algo que éstas no siempre entienden: las mujeres tienen que estar unidas. No se trata de amistad, sino de *networking*, esa cadena de apoyo y contactos, de ayuda mutua con ideas y servicios, que nos refuerzan a todas y benefician a la sociedad en que vivimos. 